

J. J. LOPEZ IBOR

El niño y su familia

Publicado en

ACTAS LUSO-ESPAÑOLAS DE NEUROLOGIA, PSIQUIATRIA Y CIENCIAS AFINES

Volumen VIII. Mayo-junio 1980. Número 3.

Ayuntamiento de Madrid

Depósito legal: M. Sep. 851.—1958.

Gráficas Orbe, S. L., Padilla, 82, Madrid.—1980.

EL NIÑO Y SU FAMILIA

La angustia infantil es muy frecuente. Raro es el niño que no la siente. El proceso de maduración consiste, entre otros hechos, en una especie de vacunación contra la angustia y sus secuelas y los terrores infantiles. La influencia de la educación es evidente. A medida que la angustia infantil es más patológica, resulta menos influenciada. Pero aun siendo patológica, la huella que deja en la personalidad depende en buena parte, de la actitud de los padres y de aquellos que con los niños conviven.

Una oscura tendencia lleva a los niños a buscar los relatos de terror y de miedo. Es como si, espontáneamente, se vacunasen. Lo desconocido, en estas situaciones, les atrae. El instinto epistemológico es muy fuerte. Parece que el niño siempre quiere descubrir algo nuevo en el mundo. Un niño de quince meses ve el mar a través de su ventana. Intenta abrirla. La cierra. La vuelve a abrir y a cerrar. El juego le produce placer. El mar le crea al principio algo de estupor, hasta que se familiariza con la situación. Luego pierde el interés y busca otra cosa que le distraiga.

También los juegos infantiles son como una terapéutica ansiosa. Ahora bien: si se carga la nota sobre los factores inhibidores de la situación, el niño puede resultar perjudicado en la evolución de su personalidad. Es necesario para valorar hasta qué punto han sido decisivos los factores personales y los ambientales, comparar lo ocurrido con otros niños crecidos en el mismo medio am-

biente. La actitud de los padres puede ser distinta y realmente nunca es igual frente a unos y otros, pero eso no quiere decir que haya sido sólo inhibidora en los niños neuróticos. A veces ha ocurrido precisamente al revés.

La oposición entre el amor y las fuerzas destructoras desempeña un papel considerable ya desde los primeros momentos de la vida. La angustia está producida, principalmente, por las tendencias agresivas y los fantasmas sádicos. En el comienzo inmediato de la vida, los fantasmas destructivos se proyectan como sentimientos de persecución de origen interno que se refuerzan con experiencias externas penosas. El conjunto es vivido como la presencia de fuerzas hostiles por una parte y placenteras por otra. Y así el niño alcanza poco a poco la interpretación de su yo.

La introyección y la proyección no son sólo, pues, mecanismos de defensa. El yo puede internalizar los objetos buenos y también repeler la agresión del mundo externo. Los sentimientos de persecución se centran alrededor de los objetos "malos", internos y externos. Por el contrario, los objetos "buenos" provocan un sentimiento de seguridad que a veces es ilimitado. De ahí la idealización de los mismos.

La vida del recién nacido cursa cíclicamente, "ourobóricamente" podría decir, sin que vaya acompañado del reconocimiento de la realidad del mundo exterior. Poco a poco empieza la diferenciación del "yo" como cen-

tro interior de un lado y el mundo externo de otro; para que tal diferenciación tenga lugar es necesaria una cierta frustración. Así se logra una separación de la persona y del mundo. Si la frustración se halla mitigada por la protección, la intensidad de la misma disminuye. La duración de las tensiones displacenteras es menor y éstas se hacen más soportables. En el niño nace la experiencia de que las fuentes de malestar (hambre y dolor) se encuentran en sí mismo y las fuentes de satisfacción están fuera de él. El niño adquiere el sentimiento de confianza primario, sentimiento que supone una protección emocional que facilita el aprendizaje de lo que transmiten al "yo" las diversas experiencias vitales.

El yo infantil se fortalece por la acción protectora de la familia y por la falta de an-

gustia que la misma le crea. De esta suerte, el "yo" es cada vez más capaz de enfrentarse con nuevas situaciones, especialmente si corresponden a su grado de desarrollo somático y psíquico. Apoyado en la confianza en su familia, el niño vencerá los obstáculos mucho mejor. La esperanza facilita los procesos psíquicos que son necesarios para alcanzar un determinado fin. La esperanza se consigue mediante la confianza. La confianza y la esperanza amenguan el sentimiento de frustración y las tensiones interiores. La familia, y con esto no descubro nada nuevo, es la fuente creadora de protección. De ahí el desastre que supone para el niño la desaparición o minimización de la misma.

JUAN JOSÉ LÓPEZ IBOR.

